



Legados nerudianos



Neruda, durante la época de su plenitud vital.

"Yo no voy a morir. Solgo ahora en este día lleno de volcanes hacia la multitud, hacia la vida".

Al releer el testamento poético de Pablo Neruda, cuya residencia terrestre terminó el 23 de septiembre de 1973, se comprueba que sus disposiciones no han sido respetadas, al menos en lo grueso y en lo general. Neruda, un infatigable coleccionista de objetos, reunió en sus casas de Santiago, Isla Negra y Valparaíso, mascarones de proa, candelabros e incunables, bellísimas caracolas, viejos mesones de estaciones ferroviarias, veleros escondidos en botellas, maniqués, piedras, juguetes de plomo, afiches, grabados, antiquísimas litografías, frascos de farmacia, que buscó con paciencia y amor en todos los rincones. Era su deseo que de ellos disfrutaran todos los

hombres, que manos suaves y ásperas recorrieran los lomos de cuero de alguna edición príncipe de Lautréamont o Laforgue, palparan los contornos de encina de la María Celeste, se asombraran ante el prodigio oceánico de la "Olivia Textil" o la "Rosellaria Fusus"... Lo señala de manera expresa:

"Hermano, ésta es mi casa, entra en el mundo

de flor marina y piedra constelada que levanté luchando en mi pobreza".

Ni siquiera fue cumplido su deseo de una sepultura salina:

"Compañeros, enterradme en Isla Negra, frente al mar que conozco, a cada área rugosa

de piedras y de olas que mis ojos perdidos no volverán a ver".

Neruda, sin embargo, reposa en Santiago, lejos de las profundidades que cada mañana gustaba mirar. Y en una especie de atroz premonición dice de La Sebastiana, que hoy se cae a pedrazos:

"Hace tres días volví a entrar, después de una larga ausencia, a mi casa de Valparaíso. Grandes grietas herían las paredes. Los cristales hechos añicos formaban un doloroso tapiz sobre el piso de las habitaciones. Los relojes, también desde el suelo, marcaban tercamente la hora del terremoto. Cuántas cosas bellas que ahora Matilde barría con una escoba; cuántos objetos raros que la sacudida de la tierra transformó en basura".

Pero nada se sabe acerca de un proyecto de museo, como los de Goethe, Beethoven o de cualquier creador ilustre de Europa, cuyas mesas, sillas, atriles, minucias cotidianas, resistieron las guerras, los bombardeos... Hasta el Hotel d'Alsace, la mísera construcción de la calle Beaux—Arts de París, en que expiró Wil-

de, aún se alza en pie y recibe anualmente miles de visitas. ¿Qué destino le esperan a los palos y velas que Carlos Hollander, aquí mismo en Coronel, introdujo en cristales para revivir los barcos que alguna vez surcaron el Canal de la Mancha o los vericuetos del sur chileno? ¿Qué ocurrirá con el Cóngora que compró a García Rico en Madrid; con las cartas de Isabelle Rimbaud a su madre, escritas en Marsella mientras Jean—Arthur agonizaba; con la "Thatcheria Mirabilis"; con los vidrios azules de México; con el motor que lanzaba pitazos en la Araucanía de su infancia; con la tinta verde de sus plumones, que acabará secándose...?

Incluso en sus "Memorias" Neruda se pregunta por los cinco mil volúmenes y las caracolas que "regalé a la universidad de mi patria" y que motivaron disputas. Dijo allí:

"Por cierto que han pasado veinte años de aquella fecha y nadie ha vuelto a ver ni más libros ni mis caracolas. Parece como si hubieran retornado a las librerías y al océano".

Y curiosamente, cuando se pensaba que su nombre y su figura se hallaban por encima de odios pequeños, de rencores míseros, llegaron hasta la redacción de un diario santiaguino que publicó una serie de artículos en su homenaje, cartas ofendidas que clamaban por el pronto olvido de nuestro gran poeta, escarbando en sus contradicciones, en sus ideas, hasta en su accionar privado...

Pero Neruda tenía conciencia de esa actitud nuestra hacia quienes nos han otorgado grandeza y escribió a propósito de Huidobro: "Yo he propuesto un monumento para él, junto a Rubén Darío. Pero nuestros gobiernos son parcos en erigir estatuas a los creadores, como son pródigos en monumentos sin sentido". Y también él corre la misma suerte...

Pacián Martínez Elissetche.

Legados nerudianos [artículo] Pacián Martínez Elissetche.

Libros y documentos

AUTORÍA

Martínez Elissetche, Pacián

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Legados nerudianos [artículo] Pacían Martínez Elissetche. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile